

Y voy a terminar. Era la fiesta, el santo de un rey. Dos labriegos fueron a Palacio para festejarle. Uno llevaba un cuervo, el otro un borrico. Al llegar ante el monarca uno de los labriegos soltó el cuervo que se alejó volando y gritando: ¡Viva el Rey! ¡Viva el Rey! El otro presentó el borrico que no hizo más que rebuznar. El rey entregó al primero una bolsa de dinero y al del rocín una almuerza de cebada.

Cuando se retiraban del Palacio el rey se tropezó con los labriegos y al observar la tristeza de uno le interrogó: ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? Que mi compañero, señor, trajo un cuervo y le han entregado una bolsa con dine[r]lo y a mí que traje un borrico que vale mas sólo una almuerza de cebada. Y el Rey replicó: ¡Claro es! Es que el cuervo sabe gritar: ¡Viva el Rey! y el borrico solo rebuznar. Y el labriego exclamo: Pues yo volveré con mi borrico y dirá también: ¡Viva el Rey!

—Pide tiempo —dijo el monarca—. Pues, diez años —contesto el labriego. —Pues si cumplen y no vienes con el borrico para que grite ¡Viva el Rey! te mandaré ahorcar.

Ya en el camino, algo receloso el compañero, hubo de decirle al aventurado: Sabes a lo que te has expuesto; porque no creo que consigas hacer hablar al borrico.

— Ni yo tampoco lo creo. El borrico jamás hablará. -Pues te ahorcaran de seguro.

— En diez años de plazo —replicó— no es difícil que muera el Rey, yo o el borrico.

El tiempo, pues, lo es todo. Ese plazo de diez años en la novela dilata toda la emoción, haciéndole perder intensidad. Sustenta la teoría de que conviene acelerar siempre el tiempo para que con intensidad brote la fatalidad, que es germen de las cosas. Cita varios ejemplos para demostrar su tesis y termina diciendo que guiado por el concepto de Boileau, él que apenas se llama Pedro ha llevado a la novela los procedimientos del teatro.

La sugestiva, por todos conceptos, conferencia del Sr. Valle-Inclán fue acogida al final con una calurosa ovación, recibiendo el ilustre literato innumerables felicitaciones.

Carlos Valverde ⁷², «Un comentario a la conferencia del Sr. Valle-Inclán»

Diario de Málaga (Periódico de la tarde), Año VIII, Núm. 2.109 (Sábado, 30 de Octubre de 1926), p. 1.

⁷² «Don Carlos Valverde, hombre chapado a la antigua y censor catoniano de novedades extranjerizantes», *Bejarano*, op. cit. p. 680.

El conocido publicista don Ramón del Valle-Inclán, dió una conferencia sobre «Autocrítica» la noche del último jueves en el Círculo Mercantil,

logrando un merecido éxito y entreteniendo e ilustrando a la numerosa concurrencia algo más de una hora que, en honor a la verdad, nos pareció corta.

Fue su trabajo erudito, variado y ameno: erudito, por la suma de citas oportunamente evocadas que dan una idea clara de su cultura; variado, porque antes de que se pierda o entibie el interés de un aspecto de su conferencia, con habilidad de maestro, aborda otro, similar o congruente, que abre nuevo campo a la ávida curiosidad del público, y ameno, porque matiza su doctrina y juicios con atinados y anecdóticos ejemplos que estimulan el interés y aun promueven el regocijo de sus oyentes.

Vaya, pues, por delante esta declaración franca, paladina, que hago de su conferencia considerada en conjunto, y aun añadiré que, desglosándola, también suscribo y doy por buenas casi todas sus teorías y atinadas observaciones, hijas de un espíritu sutil, como el suyo, y eminentemente filosófico.

Empero, esta filosofía que preside e informa su original discurso, llévale a sentar una afirmación, respetable como suya, pero que no comparto, a menos que el ilustre conferenciante o cualquier otro pensador en su nombre, rectifique mi punto de vista en la materia que voy a esbozar, única en la cual discrepo —y que me perdone por ello— del señor Valle-Inclán.

Refiérome a su teoría de que el arquetipo de belleza, el «desideratum» de la perfección, sea la suprema quietud.

Yo pienso de otra manera; yo creo que la belleza y la perfección se encuentran, no en el reposo, que es el símbolo de la muerte⁷³, sino en el movimiento, en la actividad, que son el símbolo de la vida.

No me convence, por más que sea muy ingeniosa, la teoría o argumento de la inamovilidad de Dios deducida de su ubicuidad⁷⁴; primero, porque Dios no puede servir de punto de comparación para nada humano; segundo, porque Dios, la Omnipotencia absoluta, puede, con su solo querer, desvirtuar todas las leyes de la naturaleza; hacer que fracase el equilibrio de la estética; la potencialidad de fuerzas de la dinámica; la pereza e inacción de la inercia; llevar el infinito, o estar todo Él en cuerpo, sangre, alma y divinidad en los estrechos límites de la Hostia consagrada ... Dios no puede traerse a punto de comparación para nada terrestre, para nada humano, Dios es el que Es, y en todo caso, si se le quiere invalidar el movimiento Él sale al encuentro de esa teoría con aquellas sus divinas palabras: «Ego sum salus et vite». Pues si Dios es la salud y la vida, y la vida es actividad y movimiento ¿como o porqué[sic] vamos a atribuirle el reposo absoluto?

Haciendo, pues a[¿bs?]tracción completa de la Divinidad en el sentido dicho, por su incongruencia con la materia de que se trata y viniendo al

⁷³ Sería un caso de quietismo estético. Asume la responsabilidad de «haber estado muerto algún día». Ver Dougherty (1983), 163.

⁷⁴ «La aspiración a la quietud es la aspiración a ser divino, porque la cifra de lo inmutable tiene el rostro de Dios». «Dios es la eterna quietud, y la belleza suprema está en Dios» en Valle-Inclán (1992), pp. 62-3.

mundo físico, y aun al mundo espiritual, cuando nos referimos al hombre como ser psicológico, consideremos la grandiosidad ¿qué digo grandiosidad? la sublimidad que nos ofrece la naturaleza con su eterno y acompañado movimiento de rotación, girando los satélites alrededor de los planetas alrededor de los soles, los soles hundiéndose con toda su cohorte astral en un abismo sin fondo, y toda esa maquinaria de los cielos, de la que forma parte nuestro planeta, produciendo en este los días y las noches, las estaciones del año con su perpetuo cambio; en la tierra, de floración y fructificación; en el mar de flujo y reflujo; en el aire, de corrientes portadoras de nubes que fertilizan los campos; y determinando, en fin, todo ese movimiento, la alegría para el espíritu, la belleza para el logro del placer estético, y, en suma, la vida, para todos los seres de la Creación.

¿Produciría el reposo, la quietud absoluta, esa serie de bienes? Al contrario, produciría la muerte: con el postrer movimiento de los astros, vendría el desequilibrio universal; anulada la fuerza centrífuga compensadora de la gravitación ésta, en su último esfuerzo, atraerla hacia los grandes centros solares, planetas, cometas y satélites y el mundo entero se desquiciaría.

Y ¿qué decir de ese otro mundo espiritual, que ya esboqué, del mundo de las ideas, de los sentimientos, de la constante modificación de las leyes y de las costumbres en orden a un mayor perfeccionamiento?

¿Se puede negar la ley del progreso humano? No.

¿Y qué es el progreso sino la actuación evolutiva hacia nuevos y bellos ideales? ¿Y puede lograrse ese progreso anquilosando las facultades anímicas del hombre y condenándole a la inercia?

Jamás: esas tres facultades del alma son libres y como libres evolucionan, se mueven; lo que ayer juzgaron bueno, hoy lo di[s]putan malo, y viceversa.

¿Hace falta un ejemplo? Diga el señor Valle-Inclán si piensa hoy como pensaba hace cuarenta años; si sus ideales políticos y sociológicos son los mismos; ¿verdad que no?⁷⁵

Pues esa es la prueba concluyente de que para el logro de sus ideales políticos o sociológicos, para mi respetabili[s]mos, sean los que fueren ha tenido como mover su espíritu, ha tenido que aceptar como bueno el movimiento.

Esto era lo único que yo quería demostrar.

⁷⁵ La opinión de Valle en la charla es la de no dejar de evolucionar.

Antonio Gago Rodó